

Los orígenes del Tarot

Aun cuando Court de Gebelin, Eliphas Levi y sus seguidores pretenden que el Tarot es el libro sagrado de Thot -el Hermes egipcio- y contiene toda la tradición oculta de la humanidad, debemos reconocer que su antigüedad no puede remontarse más allá del siglo XII, del mismo modo que tampoco es cierto que fueran los gitanos quienes lo introdujeran en Europa desde Egipto; y ello por los siguientes motivos:

1. Si los gitanos insinuaron un origen egipcio y hablaron de su patria como del «pequeño Egipto», lo hicieron para lograr salvoconductos de los soberanos europeos, pero actualmente está demostrado que proceden de una amplia zona que abarca las orillas del mar Caspio y rodea el este y noroeste del mismo, si bien es cierto que en sus primeras migraciones anteriores al siglo I llegaron hasta la India, Turquía y Egipto.
2. Su primera aparición en Europa tuvo lugar en la desembocadura del Elba en 1417, y a pesar de darse cuenta de inmediato del valor adivinatorio que encerraba el Tarot (ya se habla de ellos y de sus talentos cartománticos en un documento de 1422) en dicho año de 1417 las cartas -y por lo tanto el Tarot- ya eran conocidas en Italia y posiblemente en España, como veremos más adelante. También se ha especulado sobre un origen lejano del Tarot, ya sea en China, de la India o de los árabes, pero también estamos en condiciones de poder demostrar que ninguno de estos orígenes puede ser verdadero, como veremos al analizarlos uno a uno.

ORIGEN CHINO

En un diccionario chino publicado en 1678, el Ching-tsze-tung, se cuenta que hacia el año 1120 un oficial propuso al emperador Huei-Song un juego de su invención consistente en treinta y dos tabletas de marfil divididas en tres series de nueve piezas cada una y otras tres piezas fuera de serie; el número de treinta y dos es debido a que dos de dichas piezas son dobles. Algunas de estas tabletas estaban relacionadas con el Cielo, otras con la Tierra y el resto con el hombre o con nociones abstractas, como la muerte por ejemplo. Posteriormente estas tabletas de marfil también se fabricaron en hueso y en papel, y a pesar de que algunos consideraron que se trataba de un juego similar al dominó, la palabra phai con que se las designa significa «carta».

No obstante, estos juegos de cartas chinos son tan distintos de los nuestros, tanto por su aspecto como por su contenido y reglas de juego, que cabe decir de ellos lo mismo que de la pólvora y del papel: incluso si fueron los primeros en usarlas no por ello fueron conocidas y copiadas por los europeos. Y también debemos añadir que las más antiguas cartas chinas conocidas son de principios del siglo XV, y diga lo rué diga el diccionario chino no existe ningún documento de la época que confirme la antigüedad que se intenta atribuirles.

Pero si haciendo volar la imaginación queremos hallar una corrección entre nuestras cartas y las chinas,

¿por qué no creer que Marco Polo o alguno de sus marineros hubiese llevado consigo un mazo del Tarot, del cual hubiera partido la idea del oficial chino? No olvidemos que los viajes de Marco Polo tuvieron lugar entre los años 1260 y 1295, y por aquellas fechas es muy posible -por no decir segura- la existencia del Tarot en Italia; además, Marco Polo partió de Venecia, y los más antiguos Tarots que se conocen son los Tarocchi venecianos.

Y si a pesar de todo insistiéramos en buscar una idea que hubiera podido inspirar la creación del Tarot (pero no de las cartas de juego) -:r :sr. lejano país, deberíamos inclinarnos por el I Ching y su intento de concentrar en unas pocas imágenes una inmensa sabiduría. Pero debemos ser más realistas y no olvidar que la idea de guardar nuestros conocimientos para la posteridad, y a ser posible en la forma mas concentrada y universal, es decir, a través de símbolos, es algo in-herente a toda la humanidad y en todos los tiempos, desde las escenas de caza de las cuevas de Altamira hasta la tableta lanzada al Cosmos doma NASA para hacer saber a los posibles moradores de otros mundos la existencia del hombre y el punto concreto del espacio en que nos hallamos. Es por ello, y a que en el fondo la mentalidad humana es idéntica a través del tiempo y del espacio, que las mismas o similares ideas pueden florecer simultáneamente -o casi- en lugares totalmente independientes los unos de los otros.

ORIGEN HINDÚ

Cnatto afirma que la baraja proviene del antiguo juego de ajedrez los cuatro reyes, el Chaturaji, del que se derivó un juego de cartas que consta de diez series representando a los diez avatares de Vishnú y conteniendo doce cartas cada serie: dos figuras, el rey y el visir, y diez cartas de puntos numeradas del uno al diez. Todas estas cartas serían redondas, lacadas y muy pesadas, y se requiere una portentosa imaginación para reconocer en ellas el juego del ajedrez. Abundando en lo mismo, Boiteau d'Ambly afirma que las cartas proceden de la India, desde donde nos fueron aportadas por pueblos nómadas que luego se denominaron gitanos o zíngaros y fueron expulsados de dicho país por los musulmanes. Sobre dicha afirmación sólo tenemos que remitirnos al inicio de este capítulo cuando citamos a los gitanos. Por otra parte -y como muy bien dice Merlin- fueron los hindúes quienes copiaron o adaptaron las cartas europeas, pues cuando los primeros navegantes portugueses desembarcaron en las costas de la India ya hacía un siglo que en Europa se conocía el Tarot y se jugaba a las cartas, y todas las cartas hindúes conocidas son posteriores a dicha época.

ORIGEN ÁRABE

Bussi, en su Historia de Viterbo, afirma que según Covelluzzo «en 1379 los juegos de cartas fueron introducidos en Viterbo procedentes del país de los sarracenos, donde reciben el nombre de nayb». Nayb es una palabra indostánica que significa virrey o gobernador, y su similitud con la palabra «naipe» ha dado origen a que dicha hipótesis fuera recogida por otros autores. Sin embargo, Covelluzzo hablaba en pasado, pues vivió en el siglo XV, es decir, un siglo después de 1379, y además, en dicha fecha el Tarot ya era conocido en Europa, como veremos más adelante.

Pero ¿es éste el origen de la palabra «naipe»? Y ¿por qué no puede serlo el hebreo nabi (profecía) o el holandés knaeps (papel)?

Por otra parte, no debemos olvidar que en el Corán se prohíbe la representación de la figura humana, y si bien los musulmanes de la India a veces olvidaron este precepto, los árabes lo observaron rigurosamente hasta fechas muy recientes, por lo cual no podemos aceptar que fueran ellos quienes crearan el Tarot o que actuaran de intermediarios en su propagación; y en caso de que hubiera sido así, ¿cómo es que no nos ha llegado ninguna furibunda catilinaria contra los autores de semejante herejía, como sería lo más lógico?

LAS CARTICELLAS

La primera referencia escrita que se refiere al Tarot con toda seguridad se remonta a 1227 y nos dice que «los niños italianos son instruidos en el conocimiento de las virtudes mediante unas láminas que denominan carticellas». Una muestra de estas carticellas, cuya descripción nos recuerda de inmediato a los cromos infantiles que todavía hoy colaboran en la educación de los niños, podría serlo el llamado Tarot de Mantegna o Cartas de Baldini, que en realidad no fue creado ni por Mantegna ni por Baldini, sino por Francesco del Cossa, y fue grabado en Ferrara en la segunda mitad del siglo XV.

EL TAROT DE MANTEGNA

De dicho Tarot se conocen dos tipos, el primero de los cuales -considerado como el original- fue grabado en 1460, y el segundo -la pretendida copia- en 1488, siendo mucho más bello que el original. Probas variantes se componen de cincuenta cartas de 10 x 18 cm, divididas en cinco series de diez cartas cada una.

Entre estas cincuenta láminas podemos reconocer algunas de las figuras del Tarot, como El Emperador, El Papa, El Enamorado, El Carro, La Justicia, El Ermitaño, La Fuerza, La Templanza, La Luna, El Sol, El Loco, La Sota de Espadas, La Sota de Copas y El Rey de Bastos y si bien existen algunas diferencias en los dibujos, también existen similitudes muy significativas. Así ocurre por ejemplo entre El Loco y Misero, ambos con un perro mordiéndoles la pierna: La Justicia, con la espada y la balanza: La templanza trasvasando agua de una jarra a otra (o echándole agua al vino): La Fuerza, que tanto se representa mediante una mujer dominando a un león como rompiendo una columna... De todo ello podemos deducir que tanto las láminas del Tarot de Marsella como las del de Mantegna poseen un origen común que muy bien podría cifrarse en las carticelias de que nos habla la cita de 1227. Por parte, en una fecha que ignoramos se añadieron los arcanos menores cara componer la baraja de juego (a menos que ya se crearan unas carticelias con baraja incluida), mientras que por otra se siguieron creando y copiando colecciones de carticelias. De todas ellas las láminas de Mantegna serían las más antiguas que se han conservado nadie puede creer que sirvieran para jugar, y, si bien resultan algo pedantes al enumerar (es decir, ordenar rigurosamente de inferior a Superior) los conceptos que contienen, del mendigo al Papa por ejemplo, no puede negarse que su finalidad es claramente pedagógica.

LA EVOLUCION DEL TAROT

El verdadero problema que se nos presenta cuando intentamos situar en el tiempo la aparición del Tarot y su posible evolución, consiste en la escasez de ejemplares, muchas veces láminas sueltas que no llegan a formar un juego; y cuando se recupera uno completo (o casi) es muy difícil saber con certeza si se trata de un original o una copia, o si no es el que se creía, como sucedió con el Tarot llamado de Carlos VI. Y es que las láminas del Tarot debían pintarse sobre delgadas láminas de marfil, hueso, pergamino y, posteriormente, papel, soportes delicados y de difícil conservación. Si a esto añadimos que pintarlas a mano las encarecía notablemente, se comprenderá que fuesen tan pocas las colecciones que llegaron a realizarse y que sólo los verdaderos potentados pudiesen permitirse el lujo de encargarlas.

Luego, a finales del siglo XIII y principios del XIV, la fabricación del papel alcanzó cierto desarrollo, y posteriormente, con la invención del grabado pudo popularizarse la fabricación de barajas, pero la calidad resultante disminuyó notablemente y las colecciones verdaderamente artísticas siguieron pintándose a mano.

PRIMERAS MENCIONES DIRECTAS

Pero sigamos con el orden histórico; la primera mención directa sobre la baraja es de 1299 y figura en un manuscrito escrito en Siena por Pipozzo di Sandro titulado Trattato del governo della familia, en el que se menciona la existencia de los naibis, que es el primer nombre con el que se conocen las cartas de juego.

Más adelante, en 1332, Alfonso XI de Castilla recomienda a sus caballeros que se abstengan de jugar a los naipes, y también a partir de 1310 proliferan en Alemania las prohibiciones contra dicho juego, siendo una de las más interesantes la del padre Johannes (de 1377) que además cita seis tipos distintos de barajas, entre las cuales existe una de setenta y ocho cartas que sólo puede tratarse de un Tarot.

A partir de aquí se multiplican las menciones y prohibiciones por toda la cristiandad, y de todas ellas nos limitaremos a mencionar tres a causa de su importancia.

La primera es la del notario de Marsella Laurent Aycardi, de 30 de agosto de 1381, que al hacer el inventario de los bienes legados por uno de sus clientes, cita entre joyas y muebles valiosos un juego de naipes. lo que nos da una idea de lo apreciadas que llegaban a ser las coacciones iluminadas a mano.

La segunda y más famosa es de 1392, y pertenece al Registro de os Cuentas Reales de Carlos VI de Francia, en el que el tesorero anota de puño y letra: «Páguese cincuenta y seis sueldos parisienses a Jacquemin Gringonneur, pintor, por tres juegos de naipes en oro y diversos colores y divisas, hechos para el esparcimiento del dicho Señor Rey». Esta mención es la que dio origen a la hipótesis de que Grinronneur era el inventor de la baraja; lo que si bien es falso al menos corrobora una vez más el alto precio que alcanzaban las barajas pintadas a mano. La tercera referencia es de 1393 y pertenece al moralista y educador G. B. Morelli, que recomienda las láminas de los naibis como obstructivas y provechosas para la educación de los niños, lo que confirma nuestra presunción sobre la identidad de origen entre Tarots y carticellas.

También es indudable la mayor antigüedad del Tarot sobre la baraja de juego, pues hasta finales del siglo XVI no empiezan a coexistir ambos tipos de barajas (o al menos las menciones sobre las mismas) y es innegable que con la eliminación de los arcanos mayores y la reducción progresiva de su tamaño, la baraja común no tardó en eliminar casi por completo al Tarot como juego popular. Lo contrario iría contra toda lógica, pues no tiene el menor sentido complicar un juego sencillo con la inclusión de veintidós cartas inútiles.

Lo que de momento resulta imposible averiguar con certeza es cómo se ideó el Tarot y en qué otros juegos se inspiraría (dejando de momento de lado su posible, aunque no probable, identidad con la cabala). De entrada debemos eliminar las hipótesis sobre un origen oriental, árabe o egipcio, como ya hemos demostrado, por lo cual debemos recordarnos a aquellos otros juegos que ya existían en los países mediterráneos en el siglo XIII, y es sobradamente conocido que los dados ya eran, practicados por griegos y romanos, y que estos últimos practicaban un juego de competición, el de los soldados (al que llamaban ludum latrunculorum), que en cierto modo se parecía a nuestro juego re damas, pues se trataba de encerrar al contrincante de manera que no le quedase espacio para moverse (lo que se llamaba ad incitos redigere). y en parte al ajedrez, pues algunas de sus piezas se movían como nuestros peones {calculi ordinarii}, mientras que

otras podían - evocar en distintas direcciones e incluso saltar (calculi vagi). Por último cabe recordar que el ajedrez fue introducido en Europa no mucho más tarde del siglo VI o VII.

Que en la idea de combinar un juego de puro azar y con puntos numerales como los dados, con otro de cálculo y competición, como el juego de los soldados, pudiera hallarse el germen que inspiró la baraja quizás sea una hipótesis más que añadir a las ya existentes, pero con muchos más visos de verosimilitud. Lo que ya resulta más difícil de explicar es la inclusión de los arcanos mayores, que además de ser inútiles para el juego lo complican extraordinariamente. Pero para ello deberemos situarnos en el espíritu de la época.

LA INQUISICIÓN EN EL ORIGEN DEL TAROT

En sus inicios la Iglesia fue como una comunidad de socorros mutuos constituida por gentes humildes: artesanos pobres, viudas, huérfanos, esclavos, etc., formando asambleas de fieles con objeto de prestarse mutuo auxilio, rezar y propagar la nueva fe. Pero al negarse a reconocer el culto al emperador -base y fundamento del Imperio romano- y dado que sus principios religiosos implicaban una revuelta contra el sistema social existente, fueron considerados enemigos públicos, y como tales, perseguidos, torturados y masacrados implacablemente. Pero a partir del siglo IV, triunfante la Iglesia y reconocidos por Teodosio los decretos del Concilio de Nicea, ésta se convirtió en una especie de república religiosa gobernada por los obispos y metropolitanos, y poco a poco se transformó en un verdadero imperio soterrado que tras múltiples vicisitudes alcanzó su máximo poder con el desmembramiento del Imperio carolingio, y a partir del siglo XI inició una lucha a muerte primero contra los «paganos», es decir, contra todos aquellos que se resistieron a aceptar la religión triunfante y someterse al yugo del papado, y luego contra las herejías, tanto las que consistían en desviaciones de la fe, como en rebeldías ante la relajación de la Iglesia y su desvío de la finalidad espiritual para convertirse en un poder material absoluto. Podríamos decir que la Iglesia medieval se toma la revancha de las persecuciones sufridas y se va haciendo mucho más implacable, brutal y sanguinaria que sus antiguos perseguidores, hasta culminar en la creación de la «Santa» Inquisición, que iniciada por Inocencio III en 1198 para combatir a los albigenses, cobró rango oficial a partir de 1229 en el Concilio de Tolosa. Si nos fijamos bien en las fechas citadas, nos daremos cuenta de que ya nos hallamos situados en el tiempo en que debió de nacer el Tarot. Por lo tanto, es casi seguro que para preservar de la implacable persecución de la Iglesia las verdades y conocimientos -que por dicho motivo empezaron a ser «ocultos»-, y poder transmitirlos, era necesario utilizar todos los medios imaginables, desde grabados e imágenes en las piedras de las catedrales, a la inclusión de unas carticellas especiales entre las láminas de un juego creado seguramente por el mismo hereje o comunidad de herejes. Y es que cuando el pensamiento no puede expresarse libremente a través de la palabra y la escritura, se ve forzado a esconderse en símbolos e imágenes que sólo revelan su mensaje a quienes saben profundizar más allá de su inocente apariencia.

EL TAROT DE CARLOS VI

En la Biblioteca Nacional de París se conserva un juego de diecisiete láminas de un tamaño de 19 x 10 cm legado a Luis XVI por Roger de Gaignières en 1711, que durante mucho tiempo se creyó que formaba parte del Tarot pintado por Gringonneur en

1392, pero procedente en realidad del norte de Italia, seguramente de Venecia, y pintado a finales del siglo XV. Dichas láminas carecen de leyendas y la numeración que figura en algunas de ellas es posterior, pero no existe la menor duda de que formaban parte de un Tarot. Todas ellas están pintadas a mano sobre pergamino por un excelente artista, y si bien presentan algunas diferencias con el modelo que consideramos clásico, éstas parecen ser debidas al deseo del artista de mejorar su calidad pictórica, por cierto muy elevada. Estas cartas son: El Emperador, El Papa, El Enamorado, El Carro, La Justicia, El Ermitaño, La Fuerza, El Ahorcado, La Muerte, La Templanza, La Torre, La Luna, El Sol, El Juicio, El Mundo, El Loco y el Valet o Sota de Espadas.

Como vemos, y a pesar de lo que se creía, el Tarot de Carlos VI no es el más antiguo que se conoce, pero a pesar de todo sigue siendo el más famoso y por ello lo mencionamos en primer lugar. Anteriores al mismo son varios juegos, todos ellos procedentes del norte de Italia, especialmente de Milán, Bolonia, Ferrara, Venecia y Florencia.

EL TAROCHINO DE BOLONIA

Es un juego reducido a sesenta y dos láminas por la supresión de los doses, treses, cuatros y cinco de los arcanos menores, y se cree que fue creado por Francesco Fabbia, príncipe de Pisa, mientras se hallaba exiliado en Bolonia, donde falleció en 1419. Los arcanos mayores no llevan ninguna leyenda y El Papa, La Papisa y El Emperador han sido substituidos por figuras de moros, seguramente porque la copia que nos ha llegado fue realizada después de la anexión de Bolonia al Estado Pontificio en 1513, o quizás por haberse creado dicho Tarochino con posterioridad a esa fecha y no por Fabbia, como se afirma.

EL TAROT DE VISCONTI-SFORZA

Las nobles familias Visconti y Sforza de Milán nos han legado un juego, llamado por dicho motivo de Visconti-Sforza, que seguramente es el más antiguo de los que se conservan en buenas condiciones y prácticamente completo.

Se supone que fue pintado entre 1432, año en que tuvo lugar el matrimonio de Francesco Sforza con Bianca Maria Visconti que unió a ambas familias, y 1466, en que murió el duque de Sforza. De las sesenta y ocho cartas que lo componen, la Pierpont Morgan Library de Nueva York adquirió treinta y cinco en 1911, la Academia Carrara de Bérgamo posee veintiséis, y la familia Colleone, también de Bérgamo, otras trece, mientras que las cuatro restantes se han perdido.

LA EVOLUCIÓN DEL TAROT

La mayoría de las figuras corresponden al tipo clásico, pero otras presentan variaciones más o menos importantes. Así por ejemplo, en El Carro aparece una mujer en lugar de un hombre; La Templanza se ve substituida por la Esperanza; e incluso existe una carta, La Caridad, que no se corresponde con ninguna del Tarot.

Algunos autores creen ver en estas diferencias una influencia de las Minchiate florentinas de las que hablaremos a continuación; pero en nuestra opinión lo máximo que podemos deducir es que se trata de una prueba más del origen común de todos los Tarots a partir de las carticellas.

LA MINCHIATE FLORENTINA

A principios del siglo XV aparece en Florencia un Tarot ampliado, ya mencionado en 1543 por Aretino con el nombre de germini, que alcanzó gran éxito en toda Italia e incluso se exportó a algunas localidades de Alemania y Francia. De las setenta y ocho cartas ya conocidas se suprimió El Papa, pero se añadieron las tres virtudes teologales, una virtud cardinal, La Prudencia, los cuatro elementos y los doce signos del zodíaco, o sea, veinte cartas nuevas, con lo cual su número se eleva a noventa y siete: cincuenta y seis arcanos menores y cuarenta y uno mayores. De estos últimos, los treinta y cinco primeros, llamados Papi, carecen de título y se hallan ordenados con números romanos; los cinco siguientes, llamados Arie, carecen de título y numeración, y se finaliza la serie con El Loco, también sin numerar ni definir.

Su lista es la siguiente:

1. El Mago
2. El Gran Duque
3. El Emperador de Occidente
4. El Emperador de Oriente
5. El Enamorado
6. La Templanza
7. La Fuerza
8. La Justicia
9. La Rueda de la Fortuna
10. El Carro
11. El Ermitaño
12. El Ahorcado
13. La Muerte
14. El Diablo
15. La Torre
16. La Esperanza
17. La Prudencia
18. La Fe
19. La Caridad
20. El Fuego
21. El Agua
22. La Tierra
23. El Aire
24. Libra
25. Virgo
26. Escorpión
27. Aries
28. Capricornio
29. Sagitario
30. Cáncer
31. Piscis
32. Acuario
33. Leo
34. Tauro
35. Géminis
36. La Estrella
37. La Luna

38. El Sol
39. El Mundo
40. El Juicio Final
41. El Loco

Por su parte, las figuras de los arcanos menores también carecen de nombre y numeración, y lo más curioso es que los Caballeros (o Caballos) se hallan representados por figuras mitad hombre y mitad caballo o monstruo. Esta baraja, cuyas dimensiones variaban según la versión de que se tratara (50 x 100 mm o 60 x 93 mm), desapareció del mercado en la segunda mitad del siglo XIX.

EL TAROCHINO DE MIELLI

Una continuación del Tarochino de Bolonia es la grabada por el bolones Giuseppe Maria Mielli (1634-1718), con sesenta y dos láminas, pero con La Papisa convertida en un segundo Papa, con lo cual existen dos: uno sentado y otro de pie; El Emperador y La Emperatriz son los Emperadores de Oriente y Occidente; El Ahorcado se substituye por un hombre golpeando a otro con un martillo; El Ermitaño se convierte en una figura alada apoyada en unas muletas, El Sol en Apolo y La Luna en Diana. En los arcanos menores también han sido eliminados los doses, treses, cuatros y cincos.

LA TRÁPOLA

Finalmente, y como una continuación de las simplificaciones iniciadas con los Tarochinos, aparece la Trápolo (conocida en Francia como Trébuchet); en realidad sólo es una baraja de juego con treinta y seis cartas por carecer de arcanos mayores; las cartas numerales se reducen a las 1, 2, 7, 8, 9 y 10, y las figuras a Valet, Caballo y Rey.

EL TAROT DE MARSELLA

De lo expuesto hasta ahora podemos deducir que en los inicios del siglo XV existían numerosas colecciones de láminas -o de barajas, si así se prefiere- coincidentes en lo fundamental pero que diferían entre sí en detalles secundarios, en los cuales sus creadores a veces daban rienda suelta a su fantasía, con lo cual y únicamente en lo accesorio o más comprometido (como por ejemplo la figura de La Papisa) se apartaban del modelo preestablecido, cuyo origen debemos buscar en un inocente juego de diversión que llevaba incluida una serie de carticellas de carácter esotérico.

A partir de dichas fechas, al mejorar y simplificarse los medios de producción gracias a la invención del grabado, primero en madera y luego en metal, prolifera la creación de barajas que van separándose de su finalidad esotérica para centrarse en la de diversión, lo que da origen a la creación simultánea de barajas sin arcanos mayores y de Tarots más o menos complicados o simplificados.

Un hecho curioso es que a pesar del origen italiano del Tarot se impone rápidamente el modelo provenzal gracias a la simplicidad de su dibujo y al acierto de los colores (o quizás por ser el que mejor conserva su espíritu tradicional) hasta el punto de ser exportado a la misma Italia. Es por ello que todos los modelos anteriores a 1760 poseen sus leyendas escritas en francés, y sólo a partir de dicha fecha empiezan a traducirse al italiano y demás idiomas nacionales. A esta costumbre de editar las leyendas en francés se debe la existencia de una serie de divertidos errores de inscripción a causa del desconocimiento de dicho idioma por quienes copiaban los Tarots. Así por ejemplo, un

ejemplar manufacturado en Bruselas por Bodet a finales del siglo XVIII se titula Cartas de Taraut en lugar de Caries du Tarot; en un ejemplar impreso en 1783 en Mumliswil por Schaeer aparece la leyenda «L Morux» en lugar de «L'Amoureux» (El Enamorado); en otro editado en Bruselas por Keusters, El Mago recibe el nombre de «Le Rateleur» (que en francés significa el rastrillador) en lugar de «Le Bateleur»; y así podríamos citar muchos otros ejemplos. De estos modelos provenzales aparecen numerosos fabricantes distribuidos por doquier: Alemania, Francia, Italia, Bélgica..., cuyos nombres solían inscribir en el dos de Oros y sus iniciales en El Carro y el tres de Copas. Entre dichos modelos podemos destacar el grabado por Carlos Burdel en 1751, el de Francois Bourlion de 1760 y el de Nicolás Conver en 1761. En cuanto al Tarot de que se sirvió Court de Gebelin, pertenece a la fábrica de barajas de la viuda Toulon (Veuve Toulon) que existió en Marsella de 1750 a 1755. A partir de dichas fechas debemos centrar la historia del Tarot en la de quienes lo estudiaron y no en el propio Tarot, pues la inmensa variedad de barajas que florecen en los siglos XIX y XX se limitan a ser variaciones y más variaciones sobre el mismo tema; distintas representaciones del valor «oculto» que cada autor quiere atribuirles; o meramente al deseo de editar el propio Tarot todo lo cual en lugar de informar y aclarar, a lo que conduce es a confusión sobre el verdadero sentido del Tarot.

LOS PIONEROS DEL TAROT

COURT DE GEBELIN

En febrero de 1719 nacía en Ginebra el hijo de un pastor protestante francés refugiado en Suiza. Se trataba de Antoine Court de Gebelin, que tras profesar Teología en la Academia de Lausana se traslada a París, donde llega a convertirse en portavoz de la comunidad protestante. Durante toda su vida fue Court de Gebelin un apasionado estudioso de la mitología y las religiones, especialmente desde el punto de vista lingüístico, y es por ello que se convierte en un enamorado de la escritura jeroglífica egipcia, en cuyos símbolos indescifrables cree adivinar se encierran las verdades y misterios de una suprema sabiduría.

Court de Gebelin Y como culminación a esta búsqueda dedica los últimos años de su vida a recopilar sus conocimientos en una obra maestra, verdadero monumento de erudición, que iniciada en 1768 llegará a constar de nueve volúmenes que verán la luz de 1773 a 1782, con el título genérico de *Le Monde primitif analysé et comparé avec le Monde moderne*. En el tomo VIII, publicado en 1781, hallamos una disertación titulada «Del juego del Tarot», donde se trata de su origen, se interpretan sus alegorías y se demuestra que es el origen de las actuales cartas de juego, especialmente del practicado con dos jugadores.

En él nos dice que sus triunfos (se refiere a los arcanos mayores) permiten la adivinación gracias al simbolismo de sus figuras y, más adelante, cede la palabra a un supuesto C. de M..., quien desarrolla su aspecto adivinatorio fundándose en el carácter egipcio del Tarot, al que llama el «Libro de Thot».

Pero dejemos la palabra al mismo Court de Gebelin, que en la página 365 de dicho tomo nos dice:

«Si oyésemos decir que en nuestros días todavía existe una obra de los antiguos egipcios, uno de los libros escapados a las llamas que devoraron sus soberbias bibliotecas y que contiene la más pura doctrina sobre temas de gran interés, todos se apresurarían para conocer un libro tan precioso, tan extraordinario. Si añadiéramos que este libro se halla muy difundido en gran parte de Europa y que desde hace siglos está al alcance de todo el mundo, la sorpresa iría en aumento. Y ¿no llegaría a su colmo si

asegurásemos que jamás se ha sospechado que fuese egipcio, que se lo posee como si no se lo poseyese, que nadie ha intentado descifrar una página, que el fruto de una sabiduría exquisita se contempla como un montón de figuras extravagantes que nada significan? ¿No se creería que son ganas de holgarse, de burlarse de la credulidad de sus oyentes?

»No obstante, todo esto es cierto. Este libro egipcio, único resto de una soberbia biblioteca, existe; además, es tan corriente que ningún sabio se ha molestado en ocuparse del mismo; nadie, antes de nosotros, ha sospechado tan noble origen. Este libro es EL JUEGO DEL TAROT...»

Según Court de Gebelin, en los primeros siglos del cristianismo los egipcios estuvieron muy ligados a Roma, que adoptó muchos de sus ritos, entre ellos el culto a Isis y el juego del Tarot, íntimamente relacionado con el mismo. En los inicios, dicho juego quedó confinado en Italia hasta la fundación del Sacro Imperio romano y el traslado de la corte papal a Aviñón, con lo cual el Tarot se difundió al resto de Europa.

Como prueba adicional a sus palabras, Court de Gebelin afirma que TARO es la palabra egipcia con la que se definía «el camino real de la vida»; es decir, era como una norma a la que debían ajustar sus vidas y sus obras.

Otra conclusión es la de que el Tarot está creado sobre el número siete, sagrado para los egipcios, pues los arcanos mayores son veintiuno (tres veces siete), ya que El Loco no está numerado para no romper la cifra mágica; cada palo de los arcanos menores consta de catorce cartas (dos veces siete) y el número total de las mismas es de setenta y siete (once veces siete), pues El Loco no cuenta, al no estar numerado. Y por último, en realidad los zíngaros son egipcios que después de vagar por el mundo introdujeron el Tarot en Europa.

El hecho de que Court de Gebelin fuese masón y, entre otras cosas, secretario de la logia de las Nueve Hermanas, miembro de los Philaletes y de la Orden de los Elegidos Cohén de Martines de Pas-cualy, y amigo personal de Louis-Claude de Saint-Martin, hizo que sus teorías tuvieran una gran difusión entre el mundo ocultista y fueran retomadas por Etteilla, Eliphas Levi y Papus, y todavía hoy sigan siendo compartidas por bastantes practicantes del Tarot, **a pesar de haberse demonstrado repetidamente su falsedad.**

En defensa de Court de Gebelin debemos aducir que si no fuera por él quizás todavía ignoraríamos el valor de Tarot, y además, cuando expuso sus teorías todavía no se había descubierto la Piedra de la Roseta, que fue lo que permitió a Champollion descifrar la escritura egipcia en 1822.

Y para terminar con Court de Gebelin, diremos que también diseñó su modelo ideal de Tarot, que sólo se aparta del clásico en que El Ahorcado aparece de pie, en lugar de hallarse cabeza abajo suspendido por un pie. Court de Gebelin falleció en Francoville, veinte kilómetros al norte de París, el 12 de mayo de 1784.

ETTEILLA

No obstante, el verdadero impulsor de la adivinación por el Tarot (dejando de lado a los zíngaros, verdaderos creadores de la misma), es Alliette, un peluquero de París que se autodenomina profesor de álgebra y que afirma haberse dedicado a la investigación de los secretos del Tarot desde 1753. Alliette, que invirtió su nombre para convertirse en Etteilla, pretende interpretar el Tarot según las ideas de Court de Gebelin, pero en realidad lo que hace es adaptar el Tarot a su particular modo de adivinación, para lo cual lo modifica eliminando algunos arcanos mayores e introduciendo otros en su lugar;

también «moderniza» los dibujos y los colores a su gusto. En una palabra, poco es lo que queda del verdadero Tarot en la versión de Etteilla. De 1783 a 1785 publica sus trabajos en cuatro volúmenes, el primero y el tercero aparecen en 1783, y el segundo y el cuarto en 1785. Este último, titulado *Manière de se recréer avec le jeu de cañes nommées Tarots*, se compone de 256 páginas de difícil lectura y aventuradas y fantasiosas teorías. Veamos un ejemplo: «Etteilla, conocedor desde 1757 de que el original está basado en la ciencia de los números que practicaban los pueblos antiguos, ha creído necesario interrumpir el silencio guardado hasta ahora, para seguir en la misma línea y sentimiento del señor Court de Gebelin, quien dijo haber reconocido que el juego de cartas llamado Tarot había sido compuesto por los sabios egipcios, se llamaba el «libro de Thot» y encerraba la ciencia del universo. Este pueblo no trazó un solo carácter o jeroglífico sin encerrar en el mismo la religión, la adivinación y la medicina universal... Esta obra fue compuesta en el año 1828 de la Creación, 171 años después del Diluvio Universal, o sea, escrita hace 3.953 años. Esta obra es el fruto de la colaboración de diecisiete magos entre los cuales el segundo es descendiente de Mercurio-Athotis, nieto de Cam y bisnieto de Noé. Este Tri-Mercurio, o tercer descendiente, decretó que el «Libro de Thot» era la expresión de la ciencia y del saber de sus antepasados.»

Tras leer estas líneas, hallamos perfectamente comprensible que Eliphas Levi a veces se muestre muy severo y otras veces bastante comprensivo al referirse a Etteilla, como en el capítulo XXI del Dogma, en que dice:

«Alliette, de peluquero que era, se convirtió en cabalista después de haber pasado treinta años meditando sobre el Tarot; Alliette, que cabalísticamente se llamó Etteilla al leer su nombre tal y como se lee en la escritura sagrada hebrea (de derecha a izquierda en lugar de izquierda a derecha), estuvo a punto de encontrar cuanto había de oculto en este extraño libro; pero al separar las claves del Tarot sin haberlas comprendido bien, invirtió el orden y el carácter de las figuras, sin destruir completamente sus analogías. »Los escritos de Etteilla, que ya son muy raros, resultan fatigosos y oscuros. No todos ellos fueron impresos, y los manuscritos de este padre de los cartománticos modernos todavía permanecen en manos de un librero de París que tuvo la bondad de enseñármelos. Lo más notable que puede verse en ellos es la pertinacia, la incontestable buena fe del autor, que presintió durante toda su vida la grandeza de las ciencias ocultas y que hubo de morir a la puerta del Santuario sin poder entrar en El, sin poder descorrer su velo.

«Apreciaba poco a Agrippa y hacía mucho caso de Juan Belot, y no conocía nada de la filosofía oculta de Paracelso; pero en cambio poseía una intuición muy ejercida, una voluntad muy perseverante y más fantasía que juicio, lo que si bien no es suficiente para hacer de él un mago, era más de lo que precisaba para hacer de él un adivino vulgar muy hábil y, por consiguiente, muy acreditado.»

Pero más adelante, en el capítulo XX del Ritual se muestra mucho más duro diciendo textualmente:

«Etteilla o Alliette, preocupado únicamente de su sistema de adivinación y del provecho material que de él podía sacar; Alliette -repetimos- el antiguo peluquero, que jamás aprendió bien el francés y la ortografía, pretendió reformar y apropiarse de este modo el «Libro de Thot». Sobre el Tarot que hizo grabar y que se ha hecho extraordinariamente raro, se lee en la carta veintiocho (el ocho de Bastos) este ingenioso reclamo: "Etteilla, profesor de álgebra, renovador de la cartomancia y redactor (sic) de las modernas incorrecciones del antiguo «Libro de Thot», vive en la calle de Oseille número 48, en París".

«Etteilla hubiera procedido mejor no redactando las incorrecciones de que habla; sus trabajos han hecho caer al antiguo libro descubierto por Court de Gebelin en la magia

vulgar, entre las echadoras de cartas. Un axioma lógico dice que quien quiere probar mucho no prueba nada, y Etteilla es un ejemplo de ello; y sin embargo, sus esfuerzos le habían llevado a un cierto conocimiento de la cabala, como puede verse en algunos raros pasajes de sus ilegibles obras.»

Ciertamente, el juicio de Eliphas Levi es muy duro, pero comprensible en quien consideraba el Tarot un libro sagrado que no debía profanarse usándolo con fines profanos y utilitarios, como la cartomancia. Como veremos más adelante, Levi era un apasionado, casi un fanático de la cabala, y en cambio Etteilla consideraba que el Tarot, aparte de su valor esotérico, era también un instrumento de trabajo con el que ganarse la vida.

Por ello, Eliphas Levi, Papus y sus seguidores rechazan de plano la cartomancia de Etteilla, que también tuvo los suyos (entre los que destaca Mlle. de Le Normand, que creó su propio juego de cartas que ya no tiene nada que ver con el Tarot). No obstante, debemos reconocer que incluso la adivinación «ortodoxa» mediante el Tarot le debe mucho a Etteilla y a su «cartomancia vulgar», de la que ha tomado muchas ideas.

Etteilla dominaba el arte de sugerir a la gente y tuvo la suficiente intuición e inventiva para adaptar y combinar el Tarot con un sistema matemático derivado de las teorías pitagóricas, con lo que desarrolló al máximo la cartomancia, llegando a convertirse en el «Gran Adivino» y el «Sumo Cartomántico» como le gustaba denominarse, estableciendo su cuartel general en el Hotel Crillon de París y consiguiendo que el número de sus seguidores y clientes llegara a superar cuantitativamente lo que se puede imaginar.

Creó varias barajas conocidas como El Tarot Egipcio, El Nuevo Etteilla y El Gran Oráculo de las Damas, todas ellas variantes del Tarot que, a pesar de alterar su lógica y verdadera esencia, consiguen la finalidad de conquistar al gran público y facilitan en sumo grado la tarea del cartomántico al multiplicar infinitamente las posibilidades de interpretación dando distinto significado a cada una de ellas según salga del derecho o invertida, y posibilitando una mejor nemotecnia al escribir en cada una de ellas un concepto que resume lo esencial de su significado.

Como ejemplo de cuánto llevamos dicho, adjuntamos el grabado de algunas cartas del Gran Etteilla y a continuación facilitamos una correspondencia entre sus arcanos mayores y los del Tarot de Marsella.

GRAN ETTEILLA

1	Etteilla / El consultante	No tiene equivalencia
2	Aclaración / Fuego	XVIII El Sol
3	Resolución / Agua	XVIII La Luna
4	Despojo / Aire	XVII La Estrella
5	Viaje / Tierra	XXI El Mundo

TAROT DE MARSELLA

6	Noche / Día	No tiene equivalencia
7	Apoyo / Protección	No tiene equivalencia
8	Etteilla / La Consultante	No tiene equivalencia
9	Justicia / Legislador	VIII La Justicia
10	Templanza / Sacerdote	XIII La Templanza
11	Fuerza / Soberano	XI La Fuerza
12	Prudencia / El pueblo	XII El Ahorcado
13	Matrimonio / Unión	VI El Enamorado

14	Fuerza mayor	XV	El Diablo
15	Enfermedad	I	El Mago
16	Juicio	XX	El Juicio
17	Mortalidad / La nada	XIII	La Muerte
18	Traidor	VIII	El Ermitaño
19	Miseria / Prisión	XVI	La Torre
20	Fortuna / Incremento	X	La Rueda de la Fortuna
21	Discordia	VII	El Carro
22	Locura—		El Loco
	No tiene equivalencia	IIILa Papisa	
	No tiene equivalencia	III	La Emperatriz
	No tiene equivalencia	IIII	El Emperador
	No tiene equivalencia	V	El Papa

Como puede verse, en los arcanos mayores de Etteilla faltan El Papa y La Papisa, El Emperador y la Emperatriz. De los dos primeros suponemos que Etteilla consideró más prudente evitar problemas con la Iglesia, lo que anteriormente ya se había hecho más de una vez al substituirlos por deidades mitológicas, como Juno, Júpiter o Baco; en cuanto a los segundos, quizás pensó que ya era suficiente con los cuatro Reyes y las cuatro Reinas de los arcanos menores. También puede verse que el orden numérico ha sido totalmente alterado y que aparecen por primera vez atribuciones astrológicas, aun cuando sea de un modo totalmente arbitrario y la mayoría de las veces no guarde la menor relación con el significado de la carta.

ELIPHAS LEVI

Alphonse Louis Constant nació en París el 8 de febrero de 1810. Hijo de un pobre zapatero, recibió una enseñanza religiosa, primero en el pequeño seminario de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y posteriormente en el de Saint-Sulpice.

En el primero su educación fue muy positiva bajo la dirección del abate Frère, autor de un estudio sobre el magnetismo animal, que supo orientar al joven Constant hacia un catolicismo renovador y místico, por no decir liberal, y en cierto punto orientado hacia la magia, lo que marcaría para siempre a su discípulo; en cambio, Saint-Sulpice, con sus rígidos reglamentos, moral hipócrita y ruda disciplina, hizo vacilar sus convicciones católicas, llevándolo a refugiarse en la poesía.

No obstante, dotado de un notable talento natural no tardó en tomar las órdenes menores y alcanzar el diaconado; pero en 1836 fue expulsado del seminario por motivos que nunca han sido claramente dilucidados, pues si bien se dice que fue a causa de su interés por el ocultismo o de sus relaciones con Adéle Allenbach, lo más probable es que fuera por sus ideas liberales, pues apenas abandonado el seminario empezó a exponerlas públicamente.

A consecuencia de ello, la posición social de Constant resultaba sumamente particular, pues a pesar de no haberse ordenado sacerdote seguía siendo «el abate Constant» y debía seguir vistiendo la sotana, con lo cual el escándalo estalló apenas publicó su Biblia de la Libertad, un panfleto incendiario dirigido contra la Iglesia, el Estado y el orden social. El panfleto fue secuestrado de inmediato, y Constant procesado y encarcelado.

Tras un paréntesis de unos años turbulentos en los que se relaciona con todo el mundo artístico, bohemio y liberal, a los treinta y seis años se casa con la adolescente Noémie

Cadiot (de la que se separará en 1847) y pasa definitivamente a la vida laica, lo que el mismo define diciendo: «El abate Constant ha muerto, tenéis ante vosotros a un laico: Alphonse Constant, dibujante, pintor, hombre de letras, pobre y amigo de los pobres». Toma parte activa en la revolución de 1848 y luego colabora en la gigantesca empresa de redactar el Diccionario de la Literatura Cristiana, en el que trabaja hasta 1851. Es en esta época cuando se familiariza con las teorías de Wronski, el matemático investigador de lo absoluto, lo que le lleva a iniciarse en los arcanos de la dialéctica esotérica. Es ahora cuando decide adoptar el nombre de Eliphas Levi (traducción al hebreo de su verdadero nombre), con el que en adelante firmará todos sus escritos ocultistas.

En 1854 inicia la publicación de su *Dogma y Ritual de Alta Magia*, que prosigue hasta 1856, primero editado en fascículos y posteriormente, en 1861, en un solo libro. En esta obra, Levi nos aclara su pensamiento sobre el Tarot -que como ya hemos dicho se aparta totalmente del de Etteilla- retomando la corriente cabalística de la mística de los números e introduciendo sus claves en el Tarot, con las que intenta hacernos comprender que los arcanos mayores poseen un significado mucho más profundo de lo que se creía; así por ejemplo, al Ahorcado le devuelve su verdadera posición cabeza abajo y lo define:

«Ejemplo, enseñanza, lección pública.

»Un hombre colgado por un pie y cuyas manos están atadas a la espalda de modo que su cuerpo forme un triángulo con la punta hacia abajo, y sus piernas una cruz por encima del triángulo. La potencia tiene la forma de una tábua hebrea; cada uno de los dos árboles que la sostienen tienen seis ramas cortadas. En otra parte ya hemos explicado este símbolo del sacrificio y la obra realizada; por lo tanto, no volveremos a repetirlo aquí.» Sus ilustraciones se centran en El Diablo, al que convierte en el macho cabrío del Sabbat o Bafomet del Templo, con todos sus atributos panteístas, y en El Carro, convertido en el carro de Hermes.

Pero su clave principal consiste en la atribución de cada una de las letras del alfabeto hebreo a cada uno de los arcanos mayores del Tarot, y en la distribución de las letras de la palabra TARO, que dice tomada de *La Llave de las Cosas Ocultas*, de Guillermo Postel.

En esta forma tanto puede leerse ROTA, que es el nombre de la Rueda de Ezequiel, como TARO, sinónimo del Ázoe de los filósofos herméticos; es una palabra que manifiesta cabalísticamente lo absoluto dogmático natural y está formada con caracteres del monograma de Cristo, según los griegos y los hebreos.

La R latina (P griega) se encuentra en medio, entre la A (alfa) y la O (omega) del Apocalipsis; luego, la T [tábua sagrada], imagen de la cruz, encierra la palabra.

Levi también se dio cuenta de que en el Árbol de la Vida cabalístico existen veintidós senderos que unen entre sí a los diez sefirot. De este modo, al existir veintidós arcanos mayores, veintidós letras hebreas y veintidós senderos en el árbol, todos estos elementos pueden acoplarse entre sí, y a cada arcano mayor del Tarot le corresponderá una letra hebrea y un sendero sefirótico. De aquí que, al escribir su *Dogma y Ritual de Alta Magia*, también lo divida en veintidós capítulos, a cada uno de los cuales otorga una letra hebrea como complemento a su numeración.

En la obra mencionada, Levi concluye su pensamiento con estas palabras a modo de resumen:

«El Tarot, este libro milagroso, inspirador de todos los libros sagrados de los pueblos antiguos, es el instrumento más perfecto de adivinación a causa de la precisión analógica de sus números y figuras.

«Efectivamente, los oráculos de este libro siempre son rigurosamente verdaderos, por lo menos en un sentido, e incluso cuando no predice nada, siempre revela cosas ocultas y ofrece a los consultantes los más sabios consejos.»

Puede decirse que con sus teorías Levi fija definitivamente las bases sobre las que los demás -especialmente Papus- desarrollarán la interpretación del Tarot, tanto esotérica como adivinatoria.

La última parte de la vida de Eliphas Levi, que es la que propiamente puede considerarse como la de un mago, carece de interés desde el punto de vista del Tarot, por lo que nos limitaremos a recordar que falleció el 31 de mayo de 1875, olvidado del gran público, la prensa y los medios intelectuales de París.

LOS CONTINUADORES

PIERRE CHRISTIAN

Las enseñanzas de Eliphas Levi no tardaron en ser recogidas por su amigo y discípulo Pierre Christian (en realidad se llamaba J. Pitois), que en su libro El Hombre Rojo de las Tullerías publicado en 1863 retoma el origen egipcio propugnado por Court de Gebelin y nos expone una interpretación muy erudita del Tarot que merece ser tenida en cuenta por quienes deseen profundizar en el tema.

Pero en su Historia de la Magia y del Mundo Sobrenatural llega al extremo de hacernos asistir a una ceremonia iniciática de los Misterios de Osiris, en la que afirma la existencia de veintidós paneles decorados con pinturas jeroglíficas resumiendo la doctrina sagrada de los hierofantes que, según él, eran los prototipos del Tarot.

Gran parte de esta exposición merecería figurar en una antología del disparate o tomarse como una novela de aventuras, lo que es perfectamente comprensible si tenemos en cuenta que Christian devora y copia -sin digerir- cuanto cae en sus manos sobre magia y hechos sobrenaturales e incluso, para redondear las cosas, añade más barbaridades de su propia cosecha, con lo cual su obra resulta más divertida que útil para quien no sepa discernir lo que puede ser verdad de lo que no es más que pura fantasía.

ELY STAR

También Ely Star en su libro Los Misterios del Horóscopo editado en 1888 nos incluye los grabados de Court de Gebelin, a los que añade las interpretaciones de P. Christian copiadas casi literalmente, por lo cual podemos prescindir por completo de este autor en nuestro estudio.

PAPUS

Pero la fecunda semilla sembrada por Eliphas Levi no germinaría ni se desarrollaría con esplendor hasta que Papus, Stanislas de Guaita y Chaboseau hicieran revivir la Iniciación Martinista de Martínez de Pascual y Louis Claude de Saint-Martin, impulsando así el gran renacimiento ocultista de 1885.

Es Papus quien inicia la serie de obras maestras de este fecundo período del ocultismo moderno; en 1889 nos dona su magistral Tarot de los Bohemios que contiene y desarrolla lo que él considera las verdaderas claves del Tarot. Aun cuando en 1909 publique El Tarot Adivinadorio en el que aplica el Tarot a la cartomancia erudita, en nuestra opinión basta y sobra con su primer libro para penetrar en los secretos y

fundamentos del Tarot, y ningún otro de cuantos se han publicado posteriormente llegará a superar en méritos a dicha obra.

En realidad, «Papus» es el seudónimo bajo el que se oculta el doctor Gerard-Anaclet-Vicent Encause, nacido en La Coruña el 13 de julio de 1865 de padre francés -el químico Louis Encause- y de madre española (de Valladolid). Cuando Gerard apenas contaba cuatro años la familia Encause se trasladó a París, en cuya Facultad de Medicina iniciaría posteriormente sus estudios consiguiendo doctorarse en 1894. No obstante ser considerado un excelente médico externo, abandonó la preparación del internado para consagrarse al estudio del ocultismo, al que llegaría a dedicar unas doscientas sesenta obras, todas ellas firmadas con el nombre de Papus (que significa «el médico de la hora primera» según el Nuctamerón de Apolonio de Tyana).

Dotado de una actividad prodigiosa y de un entusiasmo inquebrantable, llegó a ser considerado «el Balzac del ocultismo», lo que no es exagerado si se tiene en cuenta que además de su voluminosa bibliografía todavía tuvo tiempo para fundar dos revistas, La Iniciación y El Velo de Isis, un Grupo Independiente de Estudios Esotéricos y una Facultad de Ciencias Herméticas. También fue reorganizador y presidente del Supremo Consejo de la Orden Martinista; miembro y luego presidente de la Orden Cabalística de la Rosacruz; presidente de la Sociedad Magnética de Francia; y aparte de todo esto, todavía le quedó tiempo para visitar la India, Palestina y varios países europeos.

En El Tarot de los Bohemios, Papus utiliza los grabados de Oswald Wirth dibujados y publicados en 1889 bajo el título de El Tarot Cabalístico, del que se realizó una tirada limitada a 350 ejemplares. Sus comentarios se basan en las indicaciones de Eliphas Levi, que desarrolló con tal amplitud en el aspecto cabalístico y numerológico, que es imposible resumirlo en unas pocas líneas, haciendo imprescindible el estudio de dicha obra.

En El Tarot Adivinatorio, aparte de la aplicación del Tarot a la cartomancia erudita, añade setenta nuevas láminas fuera de texto dibujadas por Gabriel Goudinat, en las que los arcanos mayores se ven claramente influenciados por los dibujos de Falconnier, y los arcanos menores por los de Etteilla.

Dejando aparte su vida aventurera y apasionante que nos apartaría de los límites de este trabajo, finalizaremos con Papus diciendo que al iniciarse la primera guerra mundial partió al frente como cirujano mayor del ejército francés, dedicándose con tal empeño a su humanitaria labor que, agotado y destruido prácticamente en lo físico, tuvo que ser evacuado a la retaguardia donde fue hospitalizado para reintegrarle a la vida civil. Pero ya era demasiado tarde; el 25 de octubre de 1916, al realizar una visita al hospital, cayó al suelo en el mismo umbral fulminado por una grave enfermedad pulmonar y falleciendo allí mismo.

STANISLAS DE GUAITA

Stanislas de Guaita es un hombre totalmente distinto de Papus; mucho más erudito e intuitivo, pero menos inteligente, apasionado y fantasioso, en sus obras no se percibe la profundidad del Adepto; así y todo debemos reconocer que su calidad literaria es infinitamente superior a la de Papus. Como muy bien dice Van Rijnberk: «Su Serpiente del Génesis se halla totalmente estructurada sobre el Tarot. Cada uno de sus capítulos se corresponde con una lámina del mismo. Pero el lazo que liga el texto con el arcano que quiere esclarecer suele ser excesivamente arbitrario.

«Estudiando El Templo de Satán y La Clave de la Magia Negra se aprenden multitud de nociones históricas de primera magnitud expuestas de un modo insuperable. Leyendo

estos magníficos volúmenes se goza de un profundo placer intelectual, pero se aprende muy poco sobre la verdadera significación esotérica de los arcanos mayores del Tarot.» Por aquel tiempo, muchos otros autores siguieron el mismo camino; para limitarnos a citar un par de ejemplos, diremos que en 1893 Gilkin condensa en sus *Estancias Doradas*, y en delicados versos, el sentido esotérico tradicional de los arcanos mayores. Luego, en 1896, Falconnier intenta una reconstrucción del Tarot al estilo egipcio antiguo, que luego ha sido plagiada repetidas veces por otros autores. Pero ninguno de ellos aporta nada realmente valioso a lo ya dicho con anterioridad hasta que llegamos a Oswald Wirth.

OSWALD WIRTH

Nacido el 5 de agosto de 1860 en Brienz (Suiza), Wirth desempeñó multitud de profesiones y empleos: contable en Londres, magnetizador en París, funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, archivero adjunto del Quai d'Orsay, etc. Pero ante todo, y a partir de 1884, fue un prolífico escritor de temas ocultistas al ingresar en una logia del Gran Oriente.

Fue en la Gran Logia Simbólica Escocesa de París donde halló el ambiente idóneo a sus cualidades; en ella escala todos los grados del Rito Escocés Antiguo con gran rapidez hasta alcanzar el 33 y llegar a formar parte del Consejo Supremo de Francia.

A principios de 1887 conoce a Stanislas de Guaita -y, con él, los objetivos e ideales de la Orden Cabalística de la Rosacruz-, y lo que es más importante, primero se convierte en secretario y luego en colaborador de Guaita. Como él mismo reconoce, además de tener a su disposición la magnífica biblioteca de éste, halló en él a un maestro en cabala y alta metafísica, así como en el dominio de la escritura, pues fue Guaita quien perfeccionó y pulió cuidadosamente su estilo literario.

El primer trabajo encargado por Stanislas de Guaita al enterarse de que era un excelente dibujante fue el de restituir a los arcanos mayores su pureza primigenia, para lo cual le facilitó dos ejemplares de Tarot, uno italiano y otro francés, así como el Dogma y Ritual de Alta Magia, de Eliphas Levi, y, por si fuera poco, fue supervisando su trabajo y aconsejándole cuando lo consideraba preciso.

Fruto de esta colaboración fue Los 22 Arcanos del Tarot dibujados para uso de los iniciados según las indicaciones de Stanislas de Guaita, que vio la luz en 1889 y del que sólo se tiraron 350 ejemplares. Fue de este Tarot Cabalístico de Wirth del que se sirvió Papus para su Tarot de los Bohemios, como ya dijimos anteriormente.

Pero considerando que su trabajo todavía era incompleto, se puso a estudiar el simbolismo de los colores de acuerdo con el espíritu medieval, y de aquí a interesarse por la alquimia y el hermetismo sólo existía un paso que no tardó en dar, dedicándose a profundizar en dichas materias.

El resultado de todos estos estudios se concretó en 1937 con la publicación de *El Tarot de los Imagineros de la Edad Media*, en el que el Tarot ya aparece coloreado, aun cuando en sus reediciones de 1966 y 1984 lo haya sido con unos colores metalizados que hubieran proporcionado un disgusto de muerte al propio Wirth si no hubiera fallecido el 3 de marzo de 1943.

Su estudio teórico sobre el Tarot es muy completo y su importancia reside, entre otras cosas, en su objetividad, pues a pesar de que sus dibujos sigan pareciendo egipcios, ya no defiende que tuviera su origen en Egipto, sino que admite que su antigüedad no puede remontarse más allá de la Edad Media. Su opinión sobre el origen del Tarot la expresa claramente cuando dice:

«Las ideas no tienen edad: son tan antiguas como el pensamiento humano, pero han sido expresadas en distinta forma según las épocas. Los sistemas filosóficos alejandrinos lo hicieron verbalmente, mientras que el Tarot las traduce posteriormente mediante símbolos. Si no en el fondo, por lo menos en la forma, el Tarot se afirma como un original incontestable que no reproduce en absoluto ningún modelo preexistente.»

Y también afirma:

«La arqueología no ha descubierto la menor traza de lo que pudieran constituir vestigios de un Tarot egipcio, gnóstico o incluso greco-árabe.»

En su estudio sobre los arcanos nos proporciona la interpretación simbólica y adivinatoria de cada una de las láminas y, por último, añade su método de adivinación.

En cuanto a las láminas, podemos observar modificaciones en relación con el Tarot de Marsella y el de Court de Gebelin; así por ejemplo, al Ahorcado, que Court dibujó de pie, Wirth le devuelve su posición invertida colgado del tobillo, y en casi todas las láminas hallamos pequeñas diferencias, ya sea en el dibujo o en el color. Sin embargo, en lo esencial reflejan con fidelidad el sentido esotérico tradicional.

Quizás un buen resumen de sus ideas lo hallamos en un opúsculo de 50 páginas que publicó en 1931: Introducción al estudio del Tarot, en el que nos dice:

«Henos aquí en presencia del Tarot, libro intencionalmente mudo, documento iniciático excepcional. Sepámos aprovechar esta obra maestra de la Edad Media, tan digna de admiración como las catedrales de la alquimia filosófica. Sabios desconocidos nos han legado el tesoro de su sabiduría misteriosa y, fieles a la máxima: "No inculquemos nada, demos de qué reflexionar", nos han invitado a iniciarnos. ¿Iniciarnos en qué? ¿En los secretos de la magia de los taumaturgos de todos los tiempos? Sí, pero accesoriamente, como consecuencia del desarrollo de un poder adivinatorio de ilimitadas aplicaciones. En realidad se trata de revelaciones tan serias como las de todos los ocultismos. Lo que se halla en juego es el Arte de Pensar, que es el Arte por excelencia, el Gran Arte, llamado con justicia el Arte Real, ya que su objetivo es el de formar Reyes.»

Ni que decir tiene que sus teorías hallaron un gran eco en las órdenes masónicas, martinistas, rosacrucres y demás, así como entre los simpatizantes del esoterismo; para citar un ejemplo, diremos que el mismo Louis-Claude de Saint-Martin construyó su obra de acuerdo con la numerología del Tarot.

LA GOLDEN DAWN

En 1887, Liddell Mathers publica *La Cabala Desvelada*, y poco después, junto con William Woodman y Wynn Wescott, también eminentes cabalistas y masones, funda una escuela esotérica que recibe el nombre de Sociedad Rosacruziana in Anglia, que no tarda en convertirse en la Orden de la Golden Dawn (Orden del Alba Dorada). Es en esta época cuando Liddell Mathers, dejándose llevar por la influencia del movimiento céltico, muy popular en los medios masones y rosacrucres de Inglaterra, se decide a cambiar su nombre, primero por MacGregor Mathers, y posteriormente por MacGregor a secas.

Habiendo estudiado el Tarot y siendo consciente de su importancia, en 1888 publica *El Tarot*, su significado oculto, y encarga a Robert Wang los dibujos de un mazo para la Golden Dawn bajo la supervisión de Israel Regardie. En este Tarot se invierte la posición de los arcanos La Fuerza y La Justicia, y se coloca El Loco delante de El Mago, por considerar que al no hallarse numerado le corresponde lógicamente el número cero y debe ser la primera carta.

Pero MacGregor era un hombre autoritario en exceso, siendo por ello mal aceptado por muchos de los adeptos a la Golden Dawn, lo que motivó que, al trasladarse a París en

1891 dejando a Florence Farr al frente de la orden, los disconformes con su modo de actuar iniciasen una rebelión. En 1898 y tras una serie de acontecimientos más o menos desfavorables, MacGregor busca el apoyo de un joven que decía ser la reencarnación de Eliphas Levi: Edward Alexander (que también cambiaría su nombre para convertirse en Aleister Crowley), y que en lugar de ayudarle como esperaba, lo que hizo fue colaborar en la destrucción de la Golden Dawn para fundar luego su propia sociedad, la Astrum Argenteum.

Crowley también hace dibujar su propio Tarot, impregnado de erotismo y fantasía, encargándose a Lady Frieda Harris. No obstante y a nuestro entender, tanto el Tarot de MacGregor como el de Crowley no poseen otro valor que el puramente anecdótico, aparte de ser el exponente de la poderosa personalidad y megalomanía de sus famosos inspiradores.

ARTHUR EDWARD WAITE

Un caso aparte lo constituye el famoso Tarot Rider, dibujado por Pamela Colman Smith bajo la dirección de Waite e impreso en Londres en 1910. Waite fue un verdadero estudioso del ocultismo y del Tarot, sobre cuyos temas publicó numerosas obras; también pertenecía a la Golden Dawn, pero a nuestro entender fue uno de los escasos miembros realmente cuerdos de dicha sociedad. Retomando el parecer de Court de Gebelin, Levi, Papus y Wirth, opina que el Tarot es puro simbolismo.

«Las cartas del Tarot -nos dice Waite- representan los valores simbólicos universales bajo los que se ocultan los valores inexpressables de la mente humana. Las doctrinas secretas que contienen no son sino la consecución por unos pocos de las verdades inherentes a la conciencia colectiva que no todo el mundo es capaz de percibir. Mi tesis es que estas doctrinas han existido siempre, o sea, que han sido elaboradas por la conciencia de una selecta minoría y luego transmitidas y transcritas secretamente en misteriosos textos, como los de la alquimia y la cabala. Toda doctrina secreta viene avalada por la práctica y la experiencia correspondientes.»

Waite, además de colocar también El Loco antes que El Mago e invertir la colocación de La Fuerza y La Justicia, otorga a los arcanos menores una figura simbólica relacionada con el significado que les atribuye. Así por ejemplo, el diez de Espadas lleva una figura humana tendida en el suelo y atravesada por las diez espadas. Por último, también elimina la letra hebrea que los autores anteriores atribuían a cada arcano.

Debe reconocerse que a pesar de la diferencia de sus dibujos con los tradicionales y de la inversión de lugar entre los arcanos citados, tal vez a consecuencia de la influencia de la Golden Dawn, este Tarot conserva todo su simbolismo y valor; quizás sea por esto, aparte del tradicional chauvinismo anglosajón, que es el más usado en los países de dicha lengua e incluso actualmente se está introduciendo con fuerza en la Europa latina.

LOS AUTORES CONTEMPORÁNEOS

En 1947 aparece una obra muy documentada: El Tarot, en la que Gérard van Rijnberk se dedica a analizar minuciosamente tanto el simbolismo como el origen histórico de los dibujos en un intento de datar con seguridad la primera aparición del Tarot, o lo que es lo mismo, cuándo fue creado. Sus conclusiones reafirman las de O. Wirth, y debemos reconocer que se trata de una obra muy seria y minuciosa que no debería faltar en la biblioteca de los amantes del Tarot.

Poco más tarde, en 1949, Paul Marteau, el heredero de Baptiste-Paul Grimaud y gran coleccionista de Tarots además de dirigir la fábrica de barajas Grimaud de París hasta 1963, publica su obra *El Tarot de Marsella*, también con un minucioso estudio sobre el simbolismo del Tarot, tanto en sus dibujos como en sus colores. En resumen, otra obra que no debería faltar en nuestras bibliotecas.

Y por último, añadiremos que Stuart R. Kaplan, otro gran estudioso y coleccionista de Tarots, así como de obras relacionadas con los mismos, ha publicado numerosos trabajos, entre los que cabe destacar *El Tarot Clásico* (1972) y *La Gran Enciclopedia del Tarot* (1978-1986), obra esta última que, además de extenderse en el estudio del Tarot y de la familia Visconti-Sforza, es un verdadero catálogo destinado a los coleccionistas.